

soplo del blando céfiro, o escuchas la riente música del arroyo cristalino, que se desliza ondulante entre reflejos de dorada luz?

Es un placer que llega al enternecimiento, y que llena de lágrimas los ojos, como la vista de un cuadro hermoso, o la lectura de un poema.

¿Y no es la delicada mano de la madre la que descorre las cortinas? ¿No es la dulce voz de la madre la que te invita a levantarte y a olvidar, a la brillante luz del astro rey, los desagradables sueños que te atormentaron cuando todo estaba envuelto en las tinieblas, a levantarte y a gozar de un nuevo día, arrodillándote para agradecer a ese Amigo invisible, que te regala las delicias del sol?

¿Son éstas palabras extrañas en un escritor de tales cuentos como *Alicia*? ¿Cabe esta carta en un libro de tonterías? Puede ser. Tal vez algunos me censuren por mezclar lo serio y grave con lo insustancial y baladí. Otros se sonreirán de la ridiculez de hablar de cosas tan solemnes, propias de una iglesia, de un sermón dominical; pero yo creo... ¡No!... Estoy seguro... de que algunos niños leerán estas líneas con cariño y recogimiento, y con el espíritu con que yo las he escrito.

Porque yo no creo que Dios pretenda que dividamos la vida en dos mitades... Exhibir un rostro muy severo y grave los días de fiesta, y considerar impropio esto mismo, y hasta que se invoque su nombre, en otro día cualquiera.

¿Crees tú que El sólo se ocupa de las figuras arrodilladas o de los tonos suplicantes?... ¿Crees que no estima a los corderitos que brincan en las praderas a la luz del sol? ¿Que no gusta de oír las alegres voces de los niños que juegan sobre el césped? ¿Con toda seguridad, sus inocentes risas suenan tan dulces a sus oídos

como el más solemne acto religioso oficiado en los altares de una catedral!...

Y si algo tengo que añadir a las historias que para recreo y alegría de los niños que tanto amo he escrito, es que podré recordarlo sin vergüenza ni amargura en el momento en que tanto de la vida debe recordarse... ¡El día que me llegue el turno de sumergirme en el reino de las sombras!...

Este sol de Pascua nacerá sobre ti, niño querido, haciéndote sentir «la vida en cada uno de tus poros», y te invitará imperiosamente a zambullirte en el fresco aire de la mañana...

Y muchos días de Pascua se irán y vendrán antes de que te encuentren débil y canoso, arrastrándote penosamente para gozar una vez más del calor del padre sol. Pero es bueno, aun entonces, pensar en aquella gran mañana en que el «Sol de la Virtud se elevará, la salud eterna en sus alas».

Tu alegría seguramente no necesita de la idea de que verás un más alegre amanecer que éste... ¡Cuando llegue a tus ojos un espectáculo mucho más bello que el balanceo de los árboles y el manar de las fuentes!... ¡Cuando las manos de los ángeles descorran las cortinas de tu lecho y tonos aún más dulces que los pronunciados por la más tierna de las madres, te despierten a la luz de la más gloriosa de las mañanas!... ¡Cuando todas las tristezas, y el pecado que oscurece la vida en este pequeño mundo, se olvidan, como el sueño de una noche que ya pasó.

Tu amigo afectuoso,

LEWIS CARROLL.

Pascuas de 1876.